

tencion recta , y hacer todo lo agradable á los ojos del Señor? El lo hizo. ¿Es de necesidad la obediencia y fiel sujecion á la ley de Dios y á las mas pequeñas ceremonias? De todo ha dado muestras el humilde Monarca. ¿Débese perseverar en el bien y buscar al Señor de todo corazon? Asi lo ejecutó , y en todo buscaba al Señor y la gloria de su nombre. ¿Y qué le sucedió? todas las cosas le salieron bien dice la santa Escritura. Sus riquezas, su magnificencia y su régia pompa le dejaron en la muerte; sus vasallos mas fieles le abandonaron; pero sus virtudes y sus buenas obras fueron con él. Sirvióse de ellas para suplicar á Dios que le hiciera misericordia, y en los últimos momentos de su vida le dijo: acordaos, Señor, que yo he caminado siempre delante de vos con puro y recto corazon, y he

procurado siempre hacer lo que creia seros agradable. Ved aqui, en la persona de un virtuoso Príncipe, el retrato de un fiel Cristiano en la hora de la muerte; que toda su vida procura llenar los deberes de su profesion; que ha tenido á Dios presente en todas sus acciones, que hizo todo lo posible por agradarle, recto, fiel y exacto en observar los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

Bienaventurados, dice el Profeta de Patmós, los que mueren en el Señor: porque forman la comitiva de su viage las buenas obras, y todo lo mas precioso que juntaron en la vida. Vosotros, solitarios, ireis acompañados del silencio, de la soledad, de las oraciones y penitencias, que afligieran vuestros cuerpos. Vosotros, religiosos, ireis acompañados de vuestros ayunos, abstinencias y mortifi-

caciones. Vosotros, sacerdotes y pastores del rebaño de Jesucristo, marchareis con gloria y magestad rodeados de vuestros trabajos apostólicos, de las almas que habeis ganado á Jesucristo, de los pueblos que habeis convertido á la fé, de las conquistas que habeis hecho para el Cielo; estas serán entonces vuestra alegría, vuestra gloria y vuestra corona. Y á vosotros, Cristianos fieles que me escuchais, os acompañarán vuestros piadosos ejercicios, vuestras humildes confesiones y comuniones frecuentes, vuestro celo por la observancia de los divinos mandamientos de Dios y de la Iglesia, y la práctica de todas las virtudes cristianas. Es cierto, me direis, pero si el hombre que muere no ha sido siempre fiel, si ha quebrantado alguna vez la ley divina, si ha cometido pecados... ¿ puede tener

igual consuelo en la muerte? Si, hermanos míos: si es que, cual supongo, muere en gracia de Dios. La memoria de sus pasados excesos ya no le turba; se aflige por ellos, es verdad, pero le consuela el sincero pesar que tiene de haber ofendido á Dios; y le consuela la buena disposicion y el vivo deseo en que está de satisfacer á la divina justicia, y de sufrir los dolores de la enfermedad, en espacion de sus pecados, todo el tiempo que Dios quisiere continuarlos. Tiene arreglados todos sus negocios temporales, y asuntos de familia, se ha confesado bien, su conciencia quedó tranquila, y mira ya sus pecados, como anegados en la sangre de Jesus, con la misma alegría con que el pueblo escogido miró á Faraon y á todos sus enemigos sepultados por las irridadas ondas del mar. La Iglesia, ma-

dre amorosa del justo y del pecador arrepentido viene á consolarte con el quinto de sus divinos sacramentos, cuya virtud quita los resabios y reliquias de la culpa; da nuevo valor al alma contra sus enemigos, y la da por último la salud corporal tambien, si es conveniente. ¡Ah! ¡cuán tierna y consoladora es la escena del buen Cristiano en su agonía!!

A la vista del sepulcro, que es el pórtico silencioso del otro mundo, en la sublime espresion de Chateaubriand, es cuando el cristianismo ostenta toda su grandiosidad y elevacion. Si los antiguos cultos consagraron las cenizas de los muertos, nunca pensaron en preparar el alma para aquellas riberas desconocidas de las cuales jamás se vuelve. Venid á ver el mas hermoso espectáculo que puede presentar la tierra; venid y vereis

morir á un hombre fiel. Este no es ya el hombre del mundo; ya no pertenece á su pais, cesaron ya para él todas las relaciones sociales. Se acabó ya para él el cómputo del tiempo; ya no conoce otra fecha que la grande era de la eternidad, un sacerdote sentado á la cabeza. Este Ministro Santo trata con el moribundo acerca de la inmortalidad de su alma.... Acércase por fin el último momento, y asi como un sacramento abrió á este Cristiano las puertas del mundo, asi tambien se las va á cerrar otro. La Religion se ha complacido en mecerle en la cuna de la vida; sus hermosos cánticos y su mano maternal le adormecerán tambien en la cima de la muerte.... El sacramento libertador rompe poco á poco los lazos del Cristiano. Y su alma casi separada del cuerpo, está como visible en su

rostro. Ya escucha los conciertos de los Serafines; ya se halla dispuesta á volar lejos del mundo, hácia aquellas regiones á que la convida esta esperanza divina, hija de la virtud y de la muerte. El Angel de la paz, bajando entonces sobre el justo, toca con el cetro de oro en sus fatigados ojos, y los cierra deliciosamente á la luz: muere finalmente, sin oírsele apenas su último suspiro: muere, y sus amigos guardan silencio profundo, pensando que está dormido; tal es la dulzura con que sale del mundo el cristiano fiel; tal la confianza del hombre virtuoso al tiempo de morir. El fin de sus miserias y tribulaciones, la memoria de sus buenas obras y el perdón de sus pecados que funda en las promesas y méritos de Jesucristo, inundan de consuelos divinos su alma. Id á ver al hombre justo, nos di-

ce el Señor por uno de sus Profetas, y dadle una nueva, diciéndole, que todo va felizmente y que va á coger el fruto y la recompensa que sus obras le merecieron.

Consolaos, pues, todos los fieles Católicos que vivis santamente; llenaos de júbilo, si teneis cercana una nueva tan funesta y desastrosa para los pecadores impenitentes, como felicísima para vosotros. Do quier volvais los ojos, vereis objetos de placeres, de gozo y alegría; arriba vereis el Cielo, aquella mansion de delicias, el Paraiso que debe ser para siempre vuestra morada. Participareis del gozo santo del Profeta, caminando con él á la casa del Señor: *letatus sum in his quæ dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus*. Abajo vereis el infierno que habeis evitado, por la misericordia de Dios, los peligros en que

os habeis visto, las ocasiones en que os habeis hallado, y los pecados que os ha perdonado el Señor. ; Qué agradecimientos! ; qué alabanzas! ! qué bendiciones no dareis á Dios, á cuya divina gracia lo debeis todo!! A la derecha vereis á la Santísima Virgen Nuestra Señora que habeis honrado con especial devocion; á la izquierda los Santos que habeis invocado gozosos de veros en su compañía; y las almas del purgatorio, que habeis socorrido con vuestros sufragios y oraciones. Delante vereis los Angeles que vienen delante de vosotros, y que aguardan vuestro último suspiro para llevar vuestras almas al Empíreo; ellos forman la escolta que cerca vuestra cama para defenderos de los espíritus infernales. El sacerdote á nombre de vuestra Madre divina la Iglesia, pide á Dios que libre el al-

ma de su siervo de los peligros de su condenacion, como libertó á David de la mano del Gigante, á Susana de los jueces malvados y de sus acusaciones falsas, y á Daniel de la caverna de los leones; cuando este Santo Profeta salió en libertad, se le puso el mismo rey delante, felicitóle por su dicha, y lo alabó por su fidelidad á Dios. Sale de este mundo ya muy prevenida el alma del Cristiano, en el nombre del Padre Eterno que la crió, del Espíritu Santo que la dió, con todas las finezas de su amor, sus dones, y del Hijo de Dios que la redimió con su preciosa sangre, y que por tanto la dice: ven, querida mia, sal de ese mundo perverso y corrompido en que gemias entre tigres y leopardos. Ven á recibir la corona: *veni, sponsa mea, veni, coronaberis.* Tres, entre otros, son los medios

que mediante la divina gracia, conducirán infaliblemente á fin venturoso: la santidad de la vida, la verdadera penitencia, una perfecta conformidad de nuestra muerte con la muerte de Jesus.

Comunmente se dice, que segun es la vida tal es la muerte, y asi es la verdad. Feliz el Cristiano que á imitacion de Jesucristo pasó sus dias haciendo bien sobre la tierra. Y desdichado el impio que solo piensa en hacer mal. Será tratado qual merece; y en la hora tremenda se le dará la obra de sus manos; ¿ha injuriado á Dios, ha despreciado sus mandatos, ha oprimido al inocente, ha cometido mil injusticias? pues todo esto le será dado. Ha vivido como un bruto? como las bestias morirá, porque la muerte, segun San Gerónimo, es el eco de la vida. Atiende ó pecador! acaso

has pasado tu vida, ó una gran parte de ella, en frecuentes recaidas; porque nunca tuviste un sincero dolor de tus pecados; jamas formaste un verdadero propósito de alejarte de ellos, ni has tenido nunca una verdadera contricion. Sin esta nunca podrá convertirse el pecador ni reconciliarse con Dios. Aplícate, pues, á pedirla: haz, en seguida, una buena confesion, si es necesario, general. Despues de purificada tu conciencia procura satisfacer á Dios, y al prójimo; al primero con obras de penitencia, y al segundo con una completa restitution. No pudiendo en la muerte ya satisfacer á Dios, ofrécele tu enfermedad, en satisfaccion de tus pecados. Procurando por todos los medios posibles, gravar en tu alma, como San Agustin, los sentimientos de un corazon contrito y humillado. La

muerte del Cristiano debe, por último, conformarse con la de Jesucristo preparándose á ella como se preparó el divino Salvador. Separado ya del mundo debe ocuparse á Dios y de su salvacion, y aceptar como Jesus la muerte con humilde sumision de la voluntad del Padre Eterno; producir los actos de fé, esperanza, contriccion y amor, con tanto fervor y confianza, que dando el último suspiro en las manos de Jesucristo, merezcamos el ser *unidos á él para siempre. Amen.*

D. H.



SERMON

**para la Dominica vigésima
cuarta despues de Pente-
costés. —Homilía sobre su
Evangelio.**

Cum videritis abominationem
desolationis, quæ dicta est á Da-
niele propheta..... qui legit, intel-
ligat.

*Quando veais la abominacion de
la desolacion, que produjo el Pro-
feta Daniel... el que lee, entienda.*

S. MATEO, C. 24, v. 15.

Cristianos, el Evangelio de este dia es muy interesante; acaso el mas interesante de todos. Trata del fin del